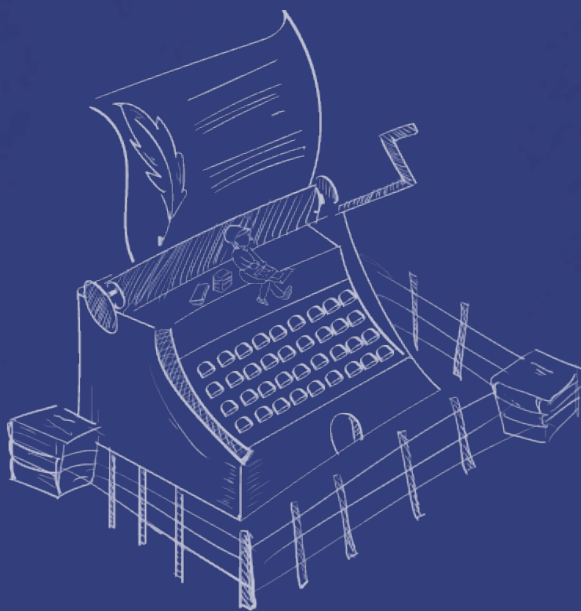




CRÓNICAS DE LA RESISTENCIA



Crónicas del taller virtual de Periodismo Literario
dirigido por Eloy Jáuregui



CRÓNICAS DE LA RESISTENCIA

Crónicas del taller virtual de Periodismo Literario
dirigido por Eloy Jáuregui

| Serie
TALLERES VIRTUALES



Primera edición digital, FCE, Perú, diciembre 2020

Distribución mundial

- © 2020, Alexandra López Barrionuevo
- © 2020, Ángel Pardo Pardo
- © 2020, Beatriz Hinostroza
- © 2020, Élder Olave
- © 2020, Enrique Álvarez Villanueva
- © 2020, José Llacsahuache García
- © 2020, Karen Rodriguez
- © 2020, Lesley Costello
- © 2020, Paula Barriga Pérez
- © 2020, Paula Ayala Teves
- © 2020, Stephany Violeta Cadenillas Solórzano

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Eloy Jáuregui
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © María Adelaida Turpo Córdova

ISBN:

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

<i>Presentación</i>	8
<i>Prólogo</i>	9
Alexandra López Barrionuevo <i>Crisis viral y músicos</i>	14
Ángel Pardo Pardo <i>Sobrevivir al COVID-19</i>	22
Beatriz Hinostroza <i>La noche más larga</i>	25
Élder Olave <i>Yo nunca bailé el mambo</i>	32
Enrique Álvarez Villanueva <i>Diospa Maman</i>	40
José Llacsahuache García <i>El virus del desempleo</i>	54
Karen Rodríguez <i>Rescate en el</i> <i>“Fundo jimenez”</i>	58
Lesley Costello <i>“Crónica de una muerte anunciada”</i> .	63

Paula Barriga Pérez
En el reino de los valles.....67

Paula Ayala Teves
Tragedia Escolar73

Stephany Violeta Cadenillas Solórzano
Los músicos conquistan las calles76

ELOY JÁUREGUI

Es licenciado en Lingüística por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y periodista por la Universidad Jaime Bausate y Meza. Es profesor de Ciencias de la Comunicación en la especialidad de Escritura Creativas y periodismo en la distinción de Crónicas en la Universidad de Lima y otras universidades del Perú. Es tallerista en diferentes centros culturales en la particularidad de Periodismo Literario. Es autor de una veintena de libros sobre temas de cultura popular y devenires urbanos. Es además destacado poeta del Movimiento Hora Zero.

Es reconocido cronista con premios internacionales y autor de un reciente singular tratado de periodismo literario “Una pasión crónica”, un texto de teoría y práctica producto de sus clases y talleres que se ha convertido en obligado método para la literatura de la ficción. De este texto singular se desprende a afirmación que la escritura que se ejercita hoy, está castigada por la plaga de la medianía contemporánea. Por ello el taller enseñará que la pasión por la escritura debe tener un componente musical y poético en beneficio de la crónica periodística. Así como a todos nos gusta contar historias, el cronista busca encontrar el encanto de un buen relato periodístico. Esta tecnología es necesaria en tiempo de adaptar la tradición con los nuevos soportes digitales.

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo

No son las mejores horas. Y *Crónicas de la resistencia* dan fe de estos tiempos aciagos. Once textos de nuestros alumnos al Taller de Periodismo Literario demuestran este logro. Y a pesar que en tiempos de esta pandemia mortal solo queda extremar los cuidados y guardar la calma, nuestros flamantes cronistas asistieron al llamado de esta nueva manera de entender la literatura periodística y aquí están este manajo de crónicas que son la prueba de su disposición, aprovechamiento y tesón que hoy les presento a ustedes sorprendido con estas historias intensas.

Porque siempre estoy repitiendo en el salón de clases –ahora virtual– que uno escribe para que se oiga lo que se está leyendo. Escribir es escuchar, ese espejo de la oralidad. Escribir y enseñar periodismo es reescribir la perpetua novedad. Estoy

de acuerdo, hoy se textualiza distinto y estamos ante un “nuevo lector”. Se han multiplicado las plataformas digitales y los diarios, las revistas y libros del llamado periodismo narrativo o literario [moteados también de literatura de no ficción], han surgido para denunciar las rutinas, omisiones y los errores de la prensa diaria y semanal y que tiene en la vieja Crónica –con mayúsculas– a su exponente mayor.

Así entendimos en estas ocho sesiones que la crónica es un arte liminar. Un canon amorfo de paradigmas fronterizos. Se apropia de cuanto género periodístico y de los otros existen e instaurar en un mismo texto hipervínculos antes considerados antagónicos o excluyentes. Es el ornitorrinco mediático como dice Juan Villoro porque hace maridajes con historias reales y con la ficción, con el propio periodismo y con la literatura. Construye un romance entre la objetividad y la subjetividad. El acto oral y el escrital. Entonces es un camaleón y además padece de hibridez. Se mimetiza y se erecta. Se codea con la literatura de las ideas, el ensayo. Juega con la crítica y arma un constructo de no ficción. Por eso se dice que tiene un carácter anticanónico y antivariado.

La crónica periodística no tiene nada que ver con la cronología [ese cementerio de los tiempos]. Ese es el primer error. La crónica periodística es nieta del teatro griego y de las leyendas celtas. Es Ricardo Palma y Manuel Atanasio Fuentes. Es Mariátegui y Vallejo. Es el género más antiguo y paradójicamente el más moderno. Y es que el más viejo de los estilos periodísticos, la crónica, se entronca con la novela, por una parte, con la historia, por otra y con la modernidad al contar. Hoy es el género por antonomasia del periodismo literario. Adopta la superestructura del relato, a la vez que incorpora la técnica del punto de vista, y al periodista mismo como narrador, en todas sus posibles variantes.

El hecho de ser un “género andrógino”, le permite a la crónica infringir o violentar las reglas, los límites establecidos por las convenciones genéricas. Si los géneros representan normas literarias que establecen el contrato entre un escritor y un público específico, la escritura cronística, guiada por una voluntad de transgredir las normas, busca romper con tales sistemas tradicionales de regulación. Al ser un género transdiscursivo, la crónica resulta ser un relato que desafía de manera constante “lo viejo”.

La crónica es una obra fundamentalmente abierta. Abierta a otras voces, a otros centros narrativos, a otras interpretaciones y a otros discursos [a través de citas, fotografías, canciones, dichos populares o entrevistas], su escritura constituye un diálogo constante con lo otro. Este sentido dialógico supone una obligación para la crónica, que necesita incluir en su interior la palabra ajena, precisa establecer una relación con la voz de otro para que su propia voz tenga sentido.

La crónica se vuelve así una forma de reconocimiento: la otredad da sentido a la existencia propia; uno mismo es otro. La crónica se convierte así un medio estético capaz de crear una totalidad autónoma perdurable al tiempo de ejercer una función crítica. En ella se puede ver cómo la crítica social y la preocupación estética dialogan, aparecen íntimamente ligadas y se sostienen mutuamente.

La crónica traspasa la división tradicional entre crítica y ficción, uniendo estética y moral. Finalmente diré que me siento orgulloso de haber difundido en el primer Taller de Periodismo Literario del Fondo de Cultura Económica, esta poética periodística que halla la verdad en sus claves narrativas de su espacio y sus historias. Que goza

del atractivo en estos jóvenes tallerista que hoy presento con sumo agrado. Ellos han entendido que la crónica y sus mordientes informativas serán útiles en tanto borre la amnesia nacional que padecemos y se establezca un soporte literario en el que se construyan otros textos más vitales y más sensuales para edificar espacios libres y orgiásticos, degollar las galeras de la oscuridad y convertirse también en aquellos Kapuscinski quienes siguen recorriendo el mundo y observando con clarividencia, ternura y una actitud crítica y rigurosa los paisajes diversos y las conductas, hábitos y actitudes ante el mundo y la vida de los transeúntes de la constante comedia humana. Nuestros alumnos saben que siempre escribo contra los pintoresquismos. Que hago periodismo de verdad para acercarme a las verdades de ese mundo embarazado de perplejidad y deliciosos asombros. Este libro es una brillante muestra de este fin.

Eloy Jáuregui
Cronista y poeta

Músicos profesionales en cuarentena

Crisis viral y músicos

Alexandra López Barrionuevo

La coyuntura ha afectado a los artistas sin que esto se haya vuelto noticia. Cada uno de ellos se ha visto obligado a repensarse en torno a sus prácticas artísticas –y en el caso de mis colegas, musicales. ¿Qué pasa cuando su herramienta de trabajo –o incluso de vida– les es prohibida? Estas son algunas experiencias de vida musical en pandemia.

Clandestinidad

1.

Una tarde de agosto, unos amigos musicales se visitaron para ensayar y compartir sin mascarillas como en los tiempos normales.

Franklin y Leandra, entusiastas del canto, no se sintieron impedidos por la prohibición de reuniones sociales. Desde la primera sesión no dejaron de abrazarse ni de invitarse pan, algas y tamales vegetarianos.

—Leandra fue la primera en recibirme en su casa sin miedo al virus. Es valioso encontrar a gente que no tiene miedo de reunirse y seguir haciendo música —Franklin sonreía.

—Por mientras, los demás están organizando ensayos virtuales.

—Eso no es música. Ahora también van a normalizar que la virtualidad es normal. Los están engañando, y nosotros al reunirnos somos parte de la resistencia.

2.

Aburrido de la privación de la experiencia musical natural, un colega musical lanzó la propuesta de *manguear*, pero sin ánimo de lucro.

Una noche, un mensaje instantáneo de Américo me llegó para saludarme y contarme sobre sus días. Se había reunido con unos colegas para tocar un concierto para violín, siguiendo las medidas sanitarias.

—No puedo estar sin hacer música con gente, porque virtualmente me parece horrible. Música virtual, no existe para mí.

Me hizo la invitación para tocar en la calle, a modo de ofrenda musical. A ver si nos caían algunas monedas.

3.

Aprovechando la proximidad, músicos vecinos se reúnen semanalmente para la *praxis* musical a dúo.

En Jesús María, unos compañeros comenzaron a visitarse aprovechando el tiempo muerto. Primero se cumplía con la desinfección, y después se armaba el repertorio.

—Veinte segundos no son nada, —decía Jorge lavándose las manos— y la mascarilla no es incómoda.

El espacio fue ideal también para que él me enseñara herramientas digitales. Oportunidades que surgen a partir de los viajes cancelados de Jorge.

Virtualidad y ensayos on-line

4.

Un coro independiente de músicos profesionales se vio llamado a reinventarse pasadas las consecuencias de la cuarentena incesante.

Algunos integrantes de *Musicae Servi* tiraron la toalla al darse cuenta de que no volverían a reunirse en el año. Se planteó un Oficio de Tomás de Victoria en formato de videos caseros. Sin embargo, al carecer de sopranos y bajos el plan fue truncado. Meses después, el director acepta la situación y deja un mensaje:

—Toca ya (re)empezar nuestro trabajo. He definido nuestra participación en el festival que se organizará en diciembre. —escribe él antes de indicar el procedimiento de las grabaciones para navidad.

5.

Después de haber cancelado planes anuales, coros institucionales de universidades con carreras musicales se adaptaron a los ensayos virtuales continuos.

—Preguntaremos primero si es posible continuar con los cursos prácticos a la dirección académica. —Respondían los maestros encargados a inicios de abril.

La indignación de parte de los directores corales no faltó, pero había que seguir. La sincronización se había vuelto una utopía en las videollamadas, pero pronto se hallaron soluciones.

—El ensayo de mañana será 10 a 11 con voces agudas, y de 11 a 12 con graves. —Se indicaba por mensaje.

A este punto ya perdimos la vergüenza de cantar solos uno después de otro, y de grabarnos para los trabajos finales. La institucionalidad pudo salvar a estos elencos.

6.

Bandas y organizadores de la escena subterránea generan nuevas iniciativas para el siglo: conciertos online.

Como tecladista de la Reina de los Condenados, ensayé dos veces con ellas antes de la fatal cancelación al arte. La cuarentena nos empujó a cambiar de estrategia porque la música tenía que seguir.

El celular sonó a media noche.

—Ale, ¿puedes grabarte? Nos han invitado a un festival de acá a unas semanas. —La cantante me avisó— No olvides de caracterizarte.

Gracias a la constante participación en eventos online, he aprendido a disfrazarme más rápido. Aún así, esta experiencia nos hace aspirar a mejores cámaras, micrófonos e internet. Nuestra cercanía ahora se ha tornado a cuadritos, sea como video editado o por *Zoom*.

Adiós trabajo

7.

Muchos proyectos artísticos se paralizaron y cancelaron, dejando a los artistas y músicos en blanco. Mi amigo Percy estaba a un mes de estrenar una presentación teatro-musical sobre Bach cuando la

pesadilla pandémica comenzó. Este proyecto fue uno más de los que se vieron apresurados en devolver las entradas que jamás serían usadas.

De manera similar, un colega y yo compartíamos propósitos y planificábamos la próxima función de nuestro proyecto musical a dúo. San Marcos, un museo, Cusco, y más lugares eran escenarios ideales que así se quedaron: como ideas.

Estas propuestas serían desde pequeños ingresos hasta sustentos para nosotros los artistas. Situación inconveniente en tiempos de necesidad. Pero momento extraordinario, vernos como profesionales en el mismo saco que otros de carreras tradicionales no es cosa de todos los días. La crisis económica se comparte.

8.

El angustiado Reinaldo se vio obligado a devolver el cuarto donde vivía — como adulto independiente— para volver a su casa familiar. Por un lado, el Conjunto Nacional de Folklore acababa de ser asesinado junto a sus integrantes por su propia institución. La otra razón fue que el Instituto

de Formación Artística se tornó en un fantasma al anunciarse la coyuntura nacional. No se comunicaron con sus trabajadores, y Reinaldo entendió con el silencio que ya no iba más.

—*Para mayor información pueden escribirme a este facebook.* —Escribió en la publicación de sus primeras clases de música online.

Sus recuerdos tomarían lugar en San Miguel, de que en estas épocas aceptaba buscar trabajo fuera de la profesión. Ya había asegurado la comida hasta fin de año, ¿y después? Realidad compartida por músicos, como si estuvieran pagando el pecado de ser artistas.

Godofredo Morales Neira

Sobrevivir al COVID-19

Ángel Pardo Pardo

Todos hemos sido testigos de manera directa o indirecta de algún sobreviviente de la pelona del momento. Este es el testimonio de boca de uno de sus protagonistas, enfrentarse y luego librarse de ella en un país como el nuestro es un milagro de vida.

Godofredo Enrique Morales Neira, conocido como “Godo” por su entorno cercano, de sesenta y cuatro años, de oficio agente de ventas, es uno de los que puede levantar la mano y decir que ha podido sobrevivir al COVID-19 gracias al Señor.

Es posible que se haya contagiado en su “centro de labores”, el mercado de Piura, que en los tiempos más crudos de la pandemia se volvió un foco infeccioso.

El día antes de que sea internado sintió que tenía un resfrío, pensó que era por el cambio de clima, pues en Piura, la ciudad del eterno calor se ha podido sentir un frío distinto. Se tomó un paracetamol esa mañana para aliviarse rápido,

pues tenía que trabajar, luego al mediodía y en la noche, para el amanecer de ese mismo día que fue internado tenía fiebre.

Se había hecho pruebas a ver si tenía el Covid pero en las que se hizo salió negativo, la doctora le pidió que se hiciera una nueva y en esta ocasión salió positivo. Hace unos días había perdido a su madre y a dos primos a causa de la pelona del momento.

Estuvo internado en el hospital de la Amistad Perú Corea Santa Rosa, ubicado en el distrito 26 de octubre, le habían dado la fama de lugar tético, porque mucha de la gente que entraba no la contaba. Además de la foto que circulaba donde se veía a un galeno que lloraba desconsoladamente afuera del establecimiento no había hecho que empeorar su ya su mala fama.

Recuerda que fue el jueves 16 de julio, pues como buen cristiano es devoto de la Virgen María, ese día es de la festividad de la Virgen del Carmen. Para él ha sido un milagro sobrevivir debido a que la carencia del hospital era el oxígeno y el día que entro él recuerda que vio balones en un auto de la ambulancia.

Me comenta que la doctora Shirley, que fue quien lo atendió, estaba entregada al servicio al prójimo, y bien definido el juramento hipocrático al igual que los enfermeros y enfermeras del nosocomio que lo alentaban a luchar por su vida.

Para él ha sido un regalo del Señor, que su misericordia es muy grande, que pone su confianza en la fe y pone su recuperación de la enfermedad como una prueba para seguir creyendo en Dios.

Los crímenes de La Cantuta:
La noche más larga

Beatriz Hinostroza

En los noventa vivimos una época de violencia por parte del gobierno fujimorista y por los grupos de levantamiento social. En 1992 en la ciudad universitaria de La Cantuta convivíamos estudiantes y militares. Dos situaciones opuestas: unos caminaban con cuadernos y libros, y los otros con metralletas en mano. Un hecho marcó la historia de La Cantuta: la desaparición de 9 estudiantes y un docente.

Al promediar la una y treinta de la madrugada, después de tener una reunión en nuestro dormitorio, Carmencita López y Angelita Peralta se retiraron a sus habitaciones. Regresaron pronto. Tocaron con desesperación la puerta. Entraron con un hombre de contextura gruesa que les apuntaba con un arma de fuego. Estaba con una chompa negra, esas que usan los militares de noche, y encima una camisa. Me miró y ordenó que pusiera las manos sobre la cabeza. Nos llevó a la habitación de Liz Aliaga. Nos encañonaban con un revolver

ordenándonos a tirarnos al piso. Luego, entró otro sujeto de similar textura. Con un arma en la mano y con palabras soeces ordenaba no movernos. La pequeña Liz lloraba. Le tiraron una patada para que se calle. Rebuscaron nuestros armarios. Después nos indicaron pararnos y caminar hacia el pasadizo. Una mano grande golpeó mi espalda para apurarme. Liz Aliaga no dejaba de llorar. Carmencita López nos pedía calma y Angelita Peralta guardaba silencio.

Salimos al pasadizo y encontramos a varias chicas que también salían con las manos sobre la cabeza. Vi como Bertila Lozano bajaba con una frazada sobre sus hombros, seguro que estaba estudiando. El frío congelaba nuestros huesos a esas horas. Bertila Lozano estudiaba en la Facultad de Humanidades. Tenía 21 años. Todos la respetaban.

Nos obligaron a colocarnos contra la pared. Aquella pared verde y fría testigo de encuentros familiares que recibíamos con alegría. El hombre que nos vigilaba me jaló los cabellos y me preguntó por qué temblaba. Le dije que tenía frío. El frío llegaba a mis huesos junto con mis pensamientos de cuál sería nuestro destino.

Al ingresar al internado universitario de La Cantuta hay una especie de recibidor como una pequeña sala. En el lado izquierdo están las escaleras y a la derecha, un pasadizo largo con lavandería y habitaciones. Allí nos ordenaron colocarnos boca abajo. La primera puerta era de la supervisora. Pero ella ya no estaba. Sabíamos que Sendero Luminoso la había asesinado en la puerta de su casa, en Pedregal, hacía unos meses. Desde ese entonces ya no teníamos quien nos supervise.

Otro hombre musculoso con ropa de civil, pero con la misma chompa negra con cuello alto bajó las escaleras y preguntaba por La Chata. No está La Chata, decía. Tenía un papel en la mano. Nos pusieron a la altura de las escaleras y un hombre como si nos tomara foto nos pedía abrir los ojos y decir nuestro nombre.

Siempre con las manos encima de la cabeza. Otra vez pasaron revisión. Verificaban la lista. Y no había La Chata. Nuevamente ordenaron que nos pusieramos en el piso. Como ovejas, esperando ser trasquiladas, un hombre nos jalaba los cabellos para ubicar a La Chata.

Volvieron a subir. Hicieron otro recorrido y nuevamente el barrido en las habitaciones. Seguían buscando a La Chata. La Chata estaba entre nosotras. En esos días se había laceado y pintado el cabello y como estaba enamorada, hasta el rostro le había cambiado.

A alguien la llevaban a empujones. Se escuchaba gritos y llantos. Parecía que se agarraba de las rejas de la puerta del internado. Se resistía a que la lleven. Con groserías le gritaban para que se suelte. Sus lamentos se fueron alejando.

Elida Campos quiso levantar la cabeza con los ojos abiertos, y el soldado, vigilante, gritándole le conminó a seguir en el piso, si no obedecía le volaría la cabeza. Así, estuvimos echadas como veinte minutos. Ya no escuchábamos las voces de los hombres, ni las pisadas fuertes, ni las amenazas, ni los gritos, ni los llantos. Parecía que todo se había congelado en el tiempo.

Las chicas que estaban cerca de la puerta se levantaron con cuidado. Ellos ya no estaban. Todas corrimos a nuestras habitaciones. Teníamos que verificar quiénes faltaban. Mis compañeras de cuarto y yo nos abrazamos.

De pronto se escuchó un alboroto y quejidos. Vi entrar a Norma Espinal con las rodillas ensangrentadas. Era compañera de cuarto de Dora Oyague, otra secuestrada. Ella se resistió a que la lleven, pero igual a los otros, la subieron a la camioneta a la fuerza. Y cuando empezó a gritarles que tenía familiares militares la botaron en un descampado a fueras de la universidad. En la camioneta había varones, pero no pudo reconocer quiénes eran.

Fue una de las noches más terribles que vivimos. Al día siguiente se confirmó que nueve estudiantes y un docente habían sido secuestrados. Ellos eran: Robert Espinoza y Héraclides Pablo de Ciencias; Marcelino Rosales y Bertila Lozano, de Humanidades; Enrique Ortiz, de Educación Física, Juan Mariños, Felipe Flores y Armando Amaro, de Mecánica, Dora Oyague, de Inicial y el docente Hugo Muñoz.

Sus familias empezaron una búsqueda incansable. Fueron a comisarías, cárceles, cuarteles y hospitales de Lima. Y así fueron pasando los días. Nadie daba razón de ellos. Meses sin saber y el gobierno de ese entonces negaba a los cuatro vientos que supiera algo.

A los nueve meses una carta anónima que le llegó al sociólogo Henry Pease dio pistas de dónde podrían estar nuestros compañeros. Y no estuvieron en un solo lugar. La barbarie con la que fueron victimados hizo que sus restos pasara de un lugar a otro. Finalmente, aquella noche que los enterraron, el reciclador Justo Arizapana, sin que lo vieran, fue testigo de ese hecho. Él se había quedado a cuidar sus materiales en una de las quebradas del serpentín de Cieneguilla. Todavía aterrorizado, avisó a unos periodistas de la Revista Sí, porque podrían ser los estudiantes, aquellos cantuteños desaparecidos.

El fiscal Víctor Cubas empezó las investigaciones: En Cieneguilla encontraron cuerpos calcinados, huesos, ropa y llaves. Allí pudieron identificar a cuatro estudiantes. Otro hallazgo ocurrió en la carretera Ramiro Prialé. Ahí encontraron dentro un saco, el esqueleto de Enrique Ortiz. Balas asesinas en su espalda habían acabado con su vida. A él no tuvieron tiempo para incinerarlo.

Hasta hoy, sin embargo, todavía no se ha ubicado a cinco cuerpos, entre ellos el del profesor Hugo Muñoz. Tantos años han pasado y ya los padres de Marcelino Chipana partieron a la eternidad:

Un día cerraron sus ojos y volaron como palomas torcazas heridas buscando al retoño perdido.

En agosto de 1993 el Fiscal Víctor Cubas abrió los casilleros de tres estudiantes con las llaves encontradas en Cieneguilla, entre ellos el de Armando Amaro. En el proceso de la investigación la madre de éste suplicó al Fiscal que abra las puertas de su casa, pues aún no estaba convencida. Así lo hizo. Fue una mañana fría en el distrito de La Victoria. El juego de llaves hallados en Cieneguilla abrió la casa de aquel muchacho alto que solía andar con zampona y quena. La madre coraje se derrumbó. Ya no vería más al hijo de sus entrañas quien como jilguero entonaba sikuris en las fiestas patronales y animaba reuniones familiares.

Dámaso Pérez Prado

Yo nunca bailé el mambo

Élder Olave

Estaciones y retratos. Imágenes y sonidos de uno de los músicos populares más influyentes del siglo XX en todo el mundo.

1.

Dámaso Pérez Prado camina, recorre los espacios del lugar donde se hospeda, es de noche, lleva un papel y lápiz en mano y parece anotar algo de tanto en tanto, el actor Roberto Romaña lo observa y sigue hasta que lo aborda y le pregunta: ¿qué está haciendo?, Pérez Prado responde: “yo soy coleccionista de sonidos y ruidos y esas cosas”. Y ¿para qué? insiste su interlocutor asombrado, y Pérez Prado responde: “pues, por lo pronto para nada”. La imagen dramatizada entre ficción y realidad, que reforzaría la volada de creador del mambo al músico nacido en Matanzas, en la isla de Cuba un 11 de diciembre de 1917, es de *Al Son del Mambo*, película del director Chano Urueta de 1950.

2.

Como escribiera García Márquez: “Cuando el serio y bien vestido compositor cubano, Dámaso Pérez Prado, descubrió la manera de ensartar todos los ruidos urbanos en un hilo de saxofón, se dio un golpe de estado contra la soberanía de todos los ritmos conocidos”.

La colección de sonidos y ruidos, y su resultado, siendo cierta o no la autoría de su devenir, hizo estragos e historia desde la segunda mitad del siglo XX. Sus estudios de música y del piano y su actividad en orquestas de cabaré, fueron acrecentando el sedimento que luego se manifestaría en aquella combinación instrumental, que caminaba por los extremos sonoros, con síncopas sobre las síncopas y con pinceladas de guapeos únicos que terminarían de dar color y forma a la obra creada. “Los jóvenes se equivocan en lo que niegan, pero nunca en lo que afirman”, decía Alejo Carpentier, un gigante de la cultura cubana defensor del mambo, que acertadamente acentuaba las nuevas consideraciones e invención extraordinaria que ponía en uso aquel hombre físicamente pequeño. Y como advirtiera también *Resortes*, actor cómico

y bailarín, que supo moverse al ritmo con destreza: “Su mambo llega hasta el mero tuétano del alma”, y sí que es así.

3.

Esa popularidad innegable que llevó su música por el mundo, que lo convirtió en un personaje aclamado y que permitiera dejarnos discos memorables, me la puedo imaginar viendo y escuchando a la joven de cabellos claros que tararea la melodía del mambo *Patricia* mientras pone la mesa e interrumpe a Marcello Mastroianni, que tiene que dejar de escribir a máquina. El celuloide se llena de color y brillo y a la pantalla grande se le suma una nueva dimensión, Federico Fellini también sucumbió y el compositor Nino Rota, su compinche musical en su brillante filmografía, hizo para él una versión del famoso tema de Pérez Prado y así, la vida fue más dulce.

4.

“Aquel verano extraordinario, en las fiestas de Miraflores todo el mundo dejó de bailar valeses, corridos, blues, boleros y huarachas, porque el mambo arrasó”, escribía Mario Vargas Llosa relatando el

terremoto que arrasaba con todo, iglesia incluida, y entonces, me sumerjo en la historia y escucho percusión y metales sonando a todo fuego y me imagino el Perú de los años cincuenta moviendo la cintura y los hombros. Pero qué bonito y sabroso bailan el mambo las peruanas.

5.

Cuando ese terremoto musical ya había sucedido, y mientras vivíamos otro tipo de sismos, mi recuerdo inmediato de Pérez Prado es de algún sábado por la noche en el Perú de los años ochenta, junto a mis padres y hermanos viendo, en un televisor a color marca Hitachi que no funcionaba a control remoto, *Risas y Salsa*, el programa cómico que acompañaba la vida de muchos los fines de semana. Ahí, un sábado de no sé qué año, alguien, que no sé quién era, apareció en pantalla bailando con una música que me parecía llamativa. Años después, y como la memoria de los sentidos suele perdurar, mis odios reconocieron el *¡Qué rico mambo!* en mi interior sonoro.

6.

“Ese mi grito viene del corazón y digo: AAAAAAH!, toquen hijos de la guayaba”, les respondía Pérez Prado a los periodistas deportivos Pocho Rospigliosi y Lucho Izuzqui, en el programa peruano "Gigante Deportivo" de los años ochenta. Recuerdo de niño también este programa, pero no esta entrevista, ahora es posible disfrutarla gracias al canal Mambo Inn de Kike Vigil. Por lo que se menciona, deduzco que están en el Perú de 1983, Pérez Prado dio un concierto la noche anterior, en el auditorio Amauta y creo escucharlo en el tiempo y ahora está en una muy amena entrevista en cadena nacional.

7.

En la entrevista, Pérez Prado recibe una llamada de Nancy Cavagnari, vedette, actriz y comediente peruana de mucha actividad en los años ochenta en Risas y Salsa. Quién sabe, quizás es ella a la que vi bailando mambo, y recuerdan juntos una anterior llegada del músico. Sin embargo, fuera de esta conversación aparecen un par de situaciones que traen nuevamente a la actualidad al hijo de Matanzas. Pocho Rospigliosi, en tono sarcástico,

le dice: “A usted no le gusta la música clásica”, a lo que él responde: ¡Cómo que no! si yo hice *La Quinta de Beethoven*, refiriéndose a su irreverente versión grabada años antes y remata luego diciendo que cuando hizo el *Mambo No. 5* pensó: “si Beethoven hizo la Quinta Sinfonía, salvando las distancias, yo haría el *Mambo No. 5*”.

Coincidentemente o no, este año 2020 se celebran los 250 años del nacimiento del genio de Bonn. Y, lo más interesante se escucha luego, cuando Rospigliosi cuenta que la idea era juntar a Chabuca Granda y Pérez Prado en el programa, pero que, por problemas de salud, Chabuca Granda tenía que viajar al día siguiente a los EEUU y le era imposible estar presente. Pérez Prado la saluda y le envía sus mejores deseos, Chabuca Granda ya no regresaría al Perú en vida. En este pandémico 2020, acabamos de celebrar el centenario del nacimiento de la autora de la Flor de la Canela.

8.

Leprosorio de San Pablo, Perú, 14 de junio de 1952, el director Walter Salles en su *Diarios de Motocicleta*, nos retrata la picardía de Alberto Granado al decirle a Ernesto Guevara que lo que

suena es un tango y que debería de bailar con una de las muchachas. Es la noche de su cumpleaños y la fiesta se vive y disfruta al son de las notas de *¡Qué rico mambo!*, *Mambo No. 5* y *Tomando Café*.

Y, ahora, pienso en la irrelevancia de la autoría del mambo, porque al final, a mí me interesa la obra. No creo en la brillantez absoluta del genio, ya que existen grabaciones y músicas que opacan el fulgor de sus primeros años, porque, cuando Pérez Prado se distrae, los años y las exigencias comerciales lo llevan por caminos inconclusos, pero cuando los detonadores iniciales de su inventiva están presentes, deja toques de tabasco como en *Sway* (Quién será, con Rosemary Clooney), o se permite coquetear con lo académico y deslumbra con una obra de diecisiete minutos llamada *Concierto para Bongó*, sabor a delicioso cerezo rosa.

Y, ahora, pienso que yo nunca bailé mambo, a lo mucho algún movimiento aleatorio en la soledad de mi habitación, soy peor que la imagen del Che tratando de bailar tango sobre mambo, pero, eso sí, mis oídos lo disfrutaban plenamente.

¡Maaaaaaambo!

Quién inventó el mambo que me sofoca, quién invento esa cosa loca... un chaparrito con cara de foca, le cantaba Benny Moré. Y, quizás Pérez Prado le respondería: Mambo batiri batiri biri biri cui cui. Babarabatiri cuncuá ungu... es pa ti, es pa mí.

Diospa Maman

Enrique Álvarez Villanueva

El avión enfilaba a la pista de despegue, del aeropuerto Jorge Chávez, antes una voz masculina nos advirtió, ajustarse los cinturones de seguridad, por la ventanilla del DC-10 el piloto empezó acelerar y en cuestión de segundos estábamos volando por encima de un colchón de nubes de la ciudad de Lima.

Después de un vuelo de 1 hora y 40 minutos, y hacer el recorrido de 859 km que es la distancia que separa Lima de Puerto Maldonado, capital del departamento de Madre de Dios en la provincia de Tambopata.

Era noviembre del año 1992, luego de descender por una rampa metálica, la temperatura era de 35º, se sentía un calor severo, antes de abandonar el área de aterrizaje, había que hacer una fila para que nos colocaran una vacuna contra el paludismo.

Un enjambre de moto-taxistas me recibió, iba con mi maletín lleno de ilusión y la recomendación de un tío para trabajar como archivero de expedientes en la Municipalidad de Tambopata.

Al tomar la pista hacia Puerto Maldonado se veía un letrero de bienvenida que decía “Bienvenidos a la capital biológica del mundo, patrimonio ecológico de la humanidad” se percibía el olor de la tierra húmeda.

Crucé la avenida León Velarde, arteria principal de la capital de Madre de Dios, hasta la calle Billinghurst donde se encontraba la capitanía de la vía fluvial, en la misma calle estaba mi hospedaje Hotel Sandoval.

Por todas las calles de Puerto Maldonado el único medio de transportes eran los moto-taxis, ni un automóvil, ni un ómnibus, ni una combi, la mayoría de las personas su indumentaria eran: un polo suelto, un pantalón corto y sandalias, debido al intenso calor de la zona 28º C con sensación térmica 31º C como mínimo y 80% de probabilidad de precipitaciones.

Busqué una cabina telefónica, para comunicarme con mi contacto, Benigno Salvatierra, el residía en esta región calurosa seis años, trabajaba como burócrata en la municipalidad de la provincia de Tambopata, el timbre sonó seis veces antes de contestarme.

— ¡Aló! Benigno, soy Enrique acabo de llegar de Lima.

— ¡Enrique! Llegaste... espérame en el hospedaje cerca a la capitania, pasaré por ti a las 4:00 p. m. ... almuerza algo y descansa ya hablaremos.

La plaza central de Puerto Maldonado tenía un reloj de 3 pisos, como una atalaya en forma de mirador, estaba rodeada de palmeras alrededor de 25 mts. De altura y unos árboles de hojas gruesas y brillosas, llamadas por los pobladores del lugar Guanamey, primera vez que veía esos árboles.

Benigno llegó como lo acordado a las 4:00 pm, era enjuto de 1.70 de estatura, cabellos negros ensortijados, frente amplia, rostro redondo y una sonrisa que mostraba una dentadura a lo Julio Iglesias.

— ¿Cómo estás? Enrique ¿Qué tal tu vuelo?

—Contesté, sin novedad, primera vez que viajo en avión

—Siempre hay una primera vez, agregó él

—Traje mis documentos.

Los llevaré a la oficina de empleos de Tambopata, dijo Benigno, le entregué un sobre manila con mi curriculum vitae.

—Ya nos vemos Enrique, tengo que hacer una visita

—Ok Benigno, le dije

Nos estrechamos las manos, y se fue caminando por la calle Billinghamurst.

Como a las 6:00 p. m. salí de mi hospedaje y me fui al parque central, me senté en una banca y observé un poste de alumbrado público, alrededor de la bombilla eléctrica había cientos de insectos y alrededor de los insectos volaban murciélagos devorándolos al vuelo, los bocados voladores eran un gran manjar para los amigos de Batman.

Al fondo en el horizonte nocturno se distinguía como una tormenta eléctrica, el cielo se encendía como una brasa y se notaba un cúmulo de nubes, cada destello el cielo se ponía como de día, me sorprendí ante este fenómeno atmosférico, era mi primera vez que observaba rayos y escuchaba el sonido de los truenos, en Lima no es común esta experiencia.

Regresé al hotel Sandoval, antes cené un lomo saltado con una coca cola mediana, al llegar a mi habitación observé las paredes de tablones de madera alto como de tres metros, el techo era de calamina de lata, tomé una ducha y me cambié de polo y medias.

Echado en la cama. Observando el techo, se escuchaba las cuerdas de una guitarra en proceso de afinamiento do, re, mi, fa, sol, la, si... Salí al pasadizo que iba directo a un patio, al aire libre, se encontraban dos parroquianos frente a frente uno acariciaba las seis cuerdas de una guitarra y el otro estaba terminando de poner los acordes en su punto.

— Buenas noches, dije, les puedo acompañar.

—Claro porque no – amigo, soy Tiburcio Lastarria, recolector de castañas y en mis ratos libres guitarrista espontáneo y me extendió la mano.

—Le correspondí el saludo, y contesté, soy archivador de expedientes.

—¿Cuál es tu nombre? Me dijo con expresión risueña, unos ojos rasgados y cabellos negros.

—Enrique Álvarez, le contesté.

El otro guitarrista, me miro sonriendo y dijo ¿también tocas guitarra?, ¡no!... le contesté, nos saludamos espontáneamente, Tiburcio comentó, estamos esperando a dos amigas, ellas van a bajar a las 8:00 p. m. y queremos dedicarles unas canciones.

Las dos damas llegaron a la hora acordada, una era delgada y la otra bien llena de carne, la flaquita de rostro delgado y facciones agradables, la bien despachada parecía la actriz Andrea Moten negro, eran de cabellos azabaches y piel trigueña, eran profesoras de 26 y 27 años.

Tiburcio me dijo... mis amigas Beatriz y Carmela, profesoras de educación primaria.

— ¡Mucho gusto! Les dije, y con expresión cortés me devolvieron el saludo de la presentación.

Esa noche empezó el repertorio con canciones de “Los iracundos”, “Los ángeles negros”, “Roberto Carlos”, “Nino Bravo”, “José José” y siguieron los boleros de “Los panchos”, las damas tomaron solo Coca Cola, nosotros mezclamos la bebida con ron cartavio, terminamos cantando juntos Eva María de la agrupación española Formula V, fue una amena velada.

Amaneció, a través de la ventana se escuchaba el canto de los pájaros, sonidos naturales que escuchaba por primera vez, era estimulante percibir el concierto de los cantores plumíferos. Fui a tomar un desayuno, antes de salir el recepcionista me dijo ¿Enrique Álvarez? ¡Sí! Le contesté.

— Su amigo Benigno le dejó una nota.

Y me entregó un papel doblado, decía las líneas escritas... Enrique, espérame una semana, me voy a Rio Branco, Estado de Acre en Brasil, al regreso colocaré tus documentos. Siendo las 12:15 del me-

dio día comenzó a correr un fuerte viento, las ramas de los árboles se agitaban y empezaron a sonar golpes en los techos de calamina, era el ruido de los mangos maduros por acción eólica, la gente de aquí, ni los recogían, los dejaban, los pájaros si se daban un banquete, recogí tres mangos de buen tamaño y aseguré mi almuerzo.

Benigno no apareció, paso una semana, quince días y mi escaso presupuesto comencé a estirarlo, en vista que no aparecía, pensé en regresar ya que en Puerto Maldonado no tenía otros conocidos. Conocí a Baltazar Mancisidor, con barba canosa y sombrero a lo Indiana Jones, me dijo de acá una semana se inicia temporada de lluvias torrenciales y todo se paraliza como un mes, si vas a regresar, ya debes programar tu salida, el señor Baltazar era un arequipeño que estaba en el negocio de las maderas, estaba terminando de completar su carga para llevarla a Cusco.

En la noche fui a la iglesia en el altar, a espaldas había un Cristo tallado en madera y encima un letrero que decía "Diospa mamán" (Madre de Dios) en quechua, rece un padre nuestro, un poco triste

porque me habría gustado residir en este emocionante lugar del Perú.

Como a las 6:00 a. m. Don Baltazar tocó mi habitación con golpes fuertes y rápidos, abrí todo soñoliento.

—Todavía te vas a quedar muchacho, dijo Don Baltazar.

—Le contesté mi presupuesto me obliga a salir de este lugar.

—Hay un camión Dodge 800 que va llevar mi cargamento, si deseas ir te encargo estos papeles de la compra, para que le entregues a mi hermano Tiburcio ¡Aceptas!.

—Acepto, dije.

—El camión sale a las 10:00 a. m. ¡Alista tus cosas!

—Gracias, Don Baltazar no sé cómo pagarle.

—No te preocupes, el chofer piensa que tú eres mi sobrino, así, ojo con él.

—Lo haré, le contesté.

Salimos un martes 23 de noviembre del año 1992, el chofer era un puneño de piel quemada por el frío, cabello lacio de contextura gruesa me recibió con una expresión amable.

—Tú eres el sobrino del tío Baltazar...¿Cómo te llamas?

—Enrique contesté.

—Yo soy Lolo de Juliaca.

—Mucho gusto le dije.

Salimos de Puerto Maldonado y tomamos un camino de tierra roja sin asfaltar, que cruzaba todo el manto verde de la selva sur, después de un viaje de dos horas de baches y camino accidentado llegamos al pueblo de Mazuko, en su calle principal había un montón de stands de compradores de oro que pagaban a buen precio.

Lolo se fue al mercado del pueblo, ten ojo con el camión, voy y vengo me dijo, habían cantinas en

cada esquina, con chicas en minifaldas y escote sugerente, invitando a los transeúntes a pasar un buen momento, beber una cerveza helada y una terapia corporal de acuerdo al precio acordado.

Estaba a las justas solo para llegar hasta Arequipa observe la mercadería, pero no podía consumirla, muchas chicas bonitas, exhuberantes de anatomía aerodinámica y bien ensambladas, los buscadores de oro, después de días internados en la selva. Trabajaban como condenados y en una noche se gastaban en bellas mujeres, cariñosas y accesibles con el dinero, producto de su esfuerzo en el lugar conocido como “Mazuko”.

“Lolo” regresó con una Sra. En polleras, gordita y de chaposos, se llamaba Margarita y su hija Inés, ella de contextura recia y cabellos negros en dos trenzas con hilos de colores.

Dejamos “Mazuko”, cruzamos pueblitos, quebradas, territorio lleno de vegetación, árboles, arbustos, helechos, lianas, todo bajo un sol incandescente, iba en la canastilla encima de la cabina del chofer y sus acompañantes, el olor de la ma-

dera húmeda, era intenso, los maderos y tablones que transportaba el vehículo era mayormente caoba y cedro.

Dormimos al costado de la carretera, en medio de la selva, el cielo lleno de estrellas y al estar apagado el motor del camión, se escuchaban todo tipo de sonidos de los animales nocturnos, chillidos, gritos, ruidos agudos y croac de las ranas y el ¡cri! ¡cri! de los salta montes, hubo un sonido como un gruñido feroz y de un árbol gigante se desprendieron cientos de murciélagos gigantes, conocidos como zorros voladores, impresionado quedé inmóvil, presenciando algo que no es común.

Al segundo día llegamos a otro pueblo llamado "Quince mil" también de extractores informales del metal aurífero, cruzamos el lugar por un camino de barro rojizo se desató un aguacero como una ducha. Lolo detuvo el camión en una curva subió encima del camión y jalo una lona de la canastilla, entre los dos cubrimos el cargamento de madera.

Fuimos subiendo alrededor de montañas, pasamos el puente fortaleza sobre el rio "Quisquicate", dos noches más dormí en la canastilla, las noches eran frías, felizmente me abrigaba con mi chompa

“Jorge Chávez” y casaca de corduroy, llegamos a la altura de “MARCARATA” nos bañamos con un manantial natural que bien se sentía, lolo, su amiga y su hija se quedaron sorprendidas ante la cantidad de mariposas azules que volaban alrededor del puquio.

Continuando el viaje cruzamos un lugar “HUALLAYOC” ahí almorzamos sopa de chuño y arroz con frejoles, terminamos la merienda y continuamos subiendo hasta el abra de Huaya – Huaya, a lo lejos de la izquierda se miraba nevado “AUSANGATE” donde se celebra la fiesta del “Qollor Ritti”, mientras nos acercábamos al “APU” al pie del nevado se formaba una laguna llamada “Arasa”, que daba nacimiento al río Wilcomayo, estábamos ya en el departamento de Cusco, la cuarta noche, pernoctamos en un hotel en la localidad de “Ocongate” perteneciente a la provincia de “Quispicanchis”, aquí si dormí bien abrigado con gruesas frazadas, dormí como un lirón.

Amaneció, desayunamos y continuamos hasta “Accos” localidad de ganado caprino y comunidad campesina, siguiendo por una carretera polvorienta llegamos a Urcos, entrada de Cusco,

después de 4 noches y cinco días, terminó mi viaje en camión, entregué los documentos al hermano de Don Baltazar.

El señor Tiburcio me invitó un caldo de mote caliente, le agradecí su invitación.

—Ahora dónde te vas

—Le dije me voy a Arequipa, ahí tengo familia

—Cuídate, disfruta tu estadía en Cusco

Nos despedimos, solo quería un baño y una cama donde descansar, nunca olvidaré el trayecto de puerto Maldonado hasta Urcos (Cusco).

Mi regreso a Arequipa es otra historia, pagué la habitación y quedé dormido como un oso a punto de hibernar.

Las otras víctimas de la pandemia

El virus del desempleo

José Llacsahuache García

La cuarentena, para evitar la propagación del coronavirus, ha generado desempleo, en especial, en los sectores pobres de Lima.

Marcela Jananpa y Severino Esquén, son dos jóvenes provincianos que perdieron sus empleos. Son dos rostros de la estadística del desempleo en la Gran Lima, el otro flagelo de la pandemia.

Lima Metropolitana produce alrededor de un tercio de la producción nacional y tiene cerca de 8 millones de persona que están en edad de trabajar lo que indica que la estructura productiva del país sigue concentrada. Según la última encuesta del IEP, en los últimos seis meses, a consecuencia de la pandemia de la COVID-19, cerca de cuatro millones de limeños habrían perdido sus empleos.

Marcela tiene veintidós años y vive con sus dos hijos. Nació en San Juan de Tomate, un pintoresco centro poblado en las alturas de Ayacucho. Llegó a Lima, hace cinco años, para seguir estudios en

el instituto SENATI. Cursaba el segundo año de su carrera cuando fue madre por primera vez. A los dos años de convivencia quedó nuevamente embarazada, pasaron tres meses y el padre de sus hijos abandonó el hogar. Buscó trabajo y su vecina la recomendó como personal de limpieza en una escuelita particular de Villa El Salvador.

Marcela recuerda que fue un día miércoles cuando recibió la llamada de la directora para decirle que el ministerio había decretado el cierre temporal de los centros educativos debido a la cuarentena y por ese motivo prescindía de sus servicios de limpieza. Ese día quedó destrozada anímicamente.

Severino, tenía 19 años cuando llegó a Lima. Nació en Pátapo, una tranquila y soleada ciudad del norte peruano donde estudió computación. Sus estudios los pagaba con los ingresos que obtenía de su trabajo en los campos de arroz de su tío paterno. Ya en Lima, con su cartón bajo el brazo, recorrió cuanta empresa le recomendaron. Participó en varios concursos públicos de los ministerios, pero nunca tuvo suerte. Era una rutina que cada dos años debía cambiar de empleo. Nos cuenta que con el tiempo logró acumular el capital suficiente para montar un negocio de internet en una galería del centro de Lima.

Severino recuerda muy bien el mensaje del presidente. Ese domingo no abriría su stand de internet porque iría a la casa de su tía para preparar la parrilla que sus primos habían organizado. Despertó muy temprano a sus tres hijos, junto a su esposa preparó el desayuno. Fue un día divertido para su familia. Severino evitó el brindis. Al día siguiente debía levantarse temprano. “El negocio está flojo”, subraya. Al llegar a su casa, prendió la televisión y el noticiero dominical dejó paso al mensaje presidencial: “...se declara el estado de emergencia nacional por las graves circunstancias que afectan la vida de la Nación a consecuencia del coronavirus”. Quedó pasmado, supo que no podría atender su negocio.

Marcela y Severino, cuentan que durante los tres primeros meses de la cuarentena pasaron por momentos de mucha angustia.

Marcela pudo acceder a un bono del Estado y los 760 soles los debió estirar a más no poder. Durante estos meses se ayuda con los almuerzos del comedor popular de su barrio. Hoy, vende mascarillas y protectores en los alrededores del Mercado de Frutas, “aunque sea sale para los tres menús del día”, nos dice, casi sollozando.

Severino, tuvo que enterrar a su esposa, ella se infectó en el mercado donde ayudaba en un puesto de abarrotes, propiedad de su madrina. Una tuberculosis infantil mal curada le agravó la infección. Tuvo que rematar dos computadoras y dos impresoras de su negocio para pagar las medicinas. Hoy, ayuda con los pedidos a domicilio en la tienda de su vecino y se dispone a reunir dinero para regresar a la chacra de sus padres. Agacha la cabeza y nos dice que en estas circunstancias es difícil ser un padre viudo con tres niños.

El futuro es incierto, nos dice Marcela. He leído que la ministra de economía ha dicho que la economía peruana se recuperará a partir del año 2022, afirma Severino. Ambos concluyen que vendrán tiempos difíciles y el “pan de mayo” lo deberán estirar por mucho más tiempo.

Alcalde y bomberos: Una relación arriesgada

Rescate en el “Fundo Jimenez”

Karen Rodriguez

En la madrugada del 9 de febrero de 2019, el alcalde de la Municipalidad Provincial de Ilo (Moquegua), Gerardo Carpio Díaz, tuvo que sumarse al rescate de tres personas, que quedaron atrapadas en su chacra tras el desborde del Río Osmore. Su experiencia en zonas agrestes como el VRAE, le valieron para asumir con responsabilidad la tarea de rescate.

El 8 de febrero de 2019, a bordo de una camioneta de Defensa Civil, el alcalde recién electo de la Municipalidad Provincial de Ilo, Gerardo Carpio Díaz junto a un grupo de profesionales y técnicos, monitoreaban de extremo a extremo el valle de Ilo, medida inmediata que asumió tras el desborde del río Moquegua en horas de la tarde en la provincia Mariscal Nieto, afectando vías de comunicación, servicios básicos y viviendas en el distrito de Moquegua y Samegua.

Para la autoridad edil estos caminos no le eran ajenos, los recorrió a pie, desde joven, como parte del ejercicio de su carrera de arqueólogo. A los 19 años fue becado por una universidad de la ciudad de Arequipa. Sus prácticas pre profesionales las hizo en este valle donde se asienta la Cultura Chiribaya. Junto a otros jóvenes arequipeños, llegó a la región Moquegua. Su guía en esta tarea de hacerse un espacio propio como profesionales, fue encaminada por la antropóloga y arqueóloga, Sonia Guillen, ex Ministra de Cultura, quien permitió que a través de sus estudios se dé el descubrimiento de los restos del perro Chiribaya, gestionó la creación del Museo Chiribaya y el Centro de Conservación de Recursos Naturales, Mallqui.

Conversar con los propietarios de cada fundo, más que una obligación como autoridad provincial, era retomar una amistad fortalecida de varios años. Al inicio del monitoreo pudo visitar a dos agricultores, adultos mayores, quienes lo recibieron con la mayor sencillez, acostados de sus camas, le alcanzaron unos mangos, cosecha del valle de Ilo, fraganciosos y deliciosos que inmediatamente fueron degustados por la autoridad. Había que abandonar la vivienda, a lo lejos se escuchaba el río y su peligroso caudal. Tras darles

las recomendaciones necesarias, un fuerte apretón de manos culminó la conversación. La visita continuó en los fundos de la parte media del valle todavía jurisdicción del distrito El Algarrobal para trasladarse a la parte baja, donde el valle de Ilo pasa a formar parte de los distritos de Pacocha e Ilo. Había que utilizar linternas y la propia luz de las unidades vehiculares. Los propietarios de los fundos salían al encuentro de la autoridad local, dando a conocer sus preocupaciones.

Minutos después de la media noche, ingresó el río Osmore por Boca del Río. Autoridades, hombres de prensa, policías, serenos, bomberos, curiosos, rodearon el Puente Pacocha, estructura de cemento construida en los 50'. El fuerte ingreso traía consigo maderas, árboles, cañas, barriles de aceituna, animales y otras estructuras, que podían verse a lo lejos como un reflejo del alumbrado público y que al final fueron a parar al inmenso mar. El perifoneo de los serenos era constante, se pedía a la gente que se retiren del puente en salvaguarda de sus vidas.

Aparentemente la tensión por el fenómeno natural propio de los meses de lluvia en la región Moquegua, pero con mayor intensidad en este año,

había descendido. Se equivocaron. En la madrugada volvieron a sonar las sirenas de las unidades de los bomberos. Una llamada desde el fundo Jiménez en la parte baja del valle de Ilo, puso en actividad a los “hombres de rojo”. El paso era intransitable a la propiedad privada por el gran volumen del caudal del río, hecho que no permitía iniciar la tarea de rescate que corría contra el tiempo. Habían dos frentes ubicados en el lado Norte y Sur. Finalmente lograron ingresar desde el lado Norte, la autoridad provincial dio la iniciativa para por fin iniciar la tarea de rescate. Su experiencia en zonas agrestes como el VRAE, lo hicieron henchirse de valor y llegar hasta el fundo, produciéndose el rescate de tres personas. La autoridad edil recuerda que el barro le llegó un poco más de la cintura, como anécdota al día siguiente buscaba sus llaves, encontrándolas en el bolsillo del pantalón jean que llevaba puesto al momento del rescate. No hubo videocámaras y flashes que pudieran grabar la loable y arriesgada labor. Bastó el agradecimiento de los bomberos, quienes aún exhaustos por la intensa labor física puesta en el rescate, reconocieron en él, su capacidad de líder. Para el burgomaestre provincial, fue una experiencia que llevará años borrarla de su memoria y que lo volvería a hacer, sí, de salvar

una vida se tratará. Quizá una característica muy escasa en las autoridades de esta época, quienes en su gran mayoría buscan participar en actividades que les devuelva réditos políticos. Los flashes, la portátil y los aplausos forman parte del gran show mediático. Este no es el caso de Carpio Díaz. En cambio la arriesgada labor podría incluirse en la edición de un libro de corte académico, que está pendiente en su plan de vida, una vez que pueda retirarse de la política, según pudo declarar en una entrevista que ofreció a una emisora de alcance regional.

Cuando el Estado las abandona

“Crónica de una muerte anunciada”

Lesley Costello

En nuestro país las cifras indican que se practican 371,420 abortos al año. De ese total, casi 20 mil son niñas o adolescentes y un 13% pierde la vida por la mala práctica.

Eran las ocho de la mañana y Ana Pillco había dejado el camino de la escuela por la senda de su sentencia. Caminaba del brazo de su madre rumbo al segundo juzgado de San Juan de Lurigancho, el distrito con mayor índice de embarazos adolescentes. Ella había incumplido la ley 641 del Código Penal, que establece las penas para las personas que practican abortos y para quienes deciden abortar.

Ana, recién lo sabía. En el colegio jamás le habían enseñado este tema tan delicado; y si lo habían hecho, no lo recordaba. Lo que sí sabía y lo tenía muy claro, pese a sus 14 años, era la decisión de abortar. Un hijo no era lo que deseaba.

La jueza Jenny López Freitas la declaró culpable por el hecho de someterse a un aborto. Además, la sentenció a pagar una reparación civil de 200 soles y a asistir a diversas charlas para reflexionar sobre su acto. Dispuso también, que los padres de la menor, ahora ya de 15 años, reciban obligatoriamente terapias para educar bien a su menor hija. Ana y su madre, se sintieron aliviadas; porque por fin terminaba su calvario por todo el proceso que habían vivido.

Ambas preferían olvidar que hace un año y unos meses Ana, sintió unos fuertes dolores de barriga, que no le pasaban con nada, ni con té, ni con agua de orégano, ni con pastillas. Ana se retorció y gritaba de dolor, solo ahí comprendía lo que significó llevar la pulsera amarilla en la muñeca, en las fiestas llamadas semáforo; y haber decidido ser mujer. El dolor fue tanto, que la llevaron de emergencia al hospital más cercano.

—Allí llegué con hemorragia—, nos cuenta Ana, trigueña, de cabello negro, rebelde como ella; pequeña no solo en edad sino también en tamaño, su rostro refleja las marcas y asperezas que deja la vida. Agrega, —los médicos lo notaron al instante

porque encontraron las pastillas que tenía introducidas en la vagina. Ahí mismo empezaron las averiguaciones y me denunciaron—.

Según los artículos 403 y 115 del código penal de la ley general de salud, exige al personal médico denunciar a las pacientes con indicios de aborto; ya que si no lo hacen estarían encubriendo un delito.

En ese instante el martirio empezó y tuvo que declarar cómo consiguió las pastillas, dónde abortó y quiénes la ayudaron. Después, vinieron interrogatorios, declaraciones, citaciones, etc. Nos cuenta Ana como si estuviese cansada por la vida con tan solo 15 años de edad su mirada se pierde en el gran cerro lleno de casas donde vive, a punto de alcanzar las nubes de aquel cielo gris que atraviesa la ciudad.

Haydée Zelada Saldarriaga al igual que Ana Pilco, vivió lo mismo; sin embargo, no sobrevivió para contarnos su historia. Ella se encontraba en el consultorio clandestino donde se le iba a aliviar del gran problema que se había originado en su vientre; pero, nunca imaginó que encontraría la muerte de la peor manera. Sus cortos 36 años pendían de un hilo de sangre.

La mala praxis del falso médico Fredy Rutty Espinoza estaba cobrando la vida de Haydée y nadie podía detenerlo, ni siquiera su pareja que la acompañó al consultorio.

Un viernes antes, había celebrado la llegada de esos 36 años que terminaron en el sexto piso del edificio de Jesús María. Los noticieros informaban como noticia de último minuto lo sucedido mientras que la conmoción se apoderaba de quienes la conocieron. El cuerpo inerte de Haydée era conducido a la morgue.

Según la Encuesta Demográfica y de Salud Familiar, realizada por la antropóloga Delicia Ferrando, en nuestro país las cifras indican que se practican 371,420 abortos al año. De ese total, casi 20 mil son niñas o adolescentes y un 13% pierde la vida por la mala práctica. El aborto terapéutico, está permitido desde 1924, siempre y cuando esté en peligro la vida de la madre. Pese a ello, solo algunas tienen acceso.

Es importante mencionar que desde 1967 la OMS reconoce que la práctica de un aborto inseguro es un problema de salud pública que debe ser tratado por los gobiernos.

Conservación del ñandú:

En el reino de los valles

Paula Barriga Pérez

En la estepa patagónica de Chile se encuentra una de las especies en peligro de extinción, el Ñandú. Un animal autóctono de la Patagonia, de la familia de los avestruces.

En un paisaje de ensueño Luis Ibacache y Caroline Van Kilsdonk trabajan por su conservación y protección.

Es una mañana soleada de febrero cuando Luis Ibacache (Lucho) nos recibe en su refugio con un mate de bienvenida, una tradición muy arraigada en los países de la región sur del continente.

Es una casa modesta, de techo rojo y paredes blancas, con una estufa a leña que sirve de cocina, una auténtica reliquia que solo he visto en el sur de Chile. A su alrededor siempre hay ñandúes patrullando el terreno que han tomado como suyo. El refugio, llamado Puerto Ñandú, es el hogar de Lucho desde hace años, cuando decidió dejar la vida de campo en su pueblo y dedicarse a

la conservación de los ñandúes — conocidos en la zona como choiques. Lucho es un hombre sencillo, cercano, corpulento, de rostro amigable.

En el sur de Chile, en la frontera con Argentina, se encuentra el Parque Patagonia, el lugar donde se lleva a cabo el programa de conservación del ñandú. Se trata de un extenso y amplio valle, de tonos dorados, montañas imponentes y un cielo azul intenso.

Aquí los animales corren en libertad y se presentan ante ti como en los grandes documentales televisivos. Se observan guanacos en grandes grupos, una especie muy parecida a la alpaca o a la llama que acostumbramos a ver en Perú. Muy de vez en cuando, se cruza un tímido armadillo en el camino, para mostrar cuán peculiar es su armazón, su hocico alargado y su inquieta cola. Los ñandúes son mucho más difíciles de ver por su escasez, lo que nos muestra la importancia de preservar los pocos ejemplares que quedan.

El ñandú solo se encuentra en la Patagonia, entre Aysén y el Estrecho de Magallanes. Una especie que está en peligro de extinción, principalmente, por la intervención humana en su entorno.

El viento en el valle sopla tan fuerte por las noches que consigue colarse por las rendijas de la casa, haciendo parecer que se escuchan susurros. Son muchos los locales que dicen que ha sido una tierra que ha visto tanta sangre derramada por la aniquilación de los Tehuelches o Aonikenk –pueblo indígena de la Patagonia-, que todavía se escuchan sus gritos.

“En la Patagonia, quien se apresura pierde el tiempo”, dicen los oriundos. Da la impresión que esta filosofía que les aleja del estrés de las grandes ciudades, les hace ver la vida de un color muy diferente. La gente lleva un estilo de vida humilde, compartiendo su casa, su mesa y su comida con todo aquel que se presente. Un entorno modesto en el que reencontrarse con la humanidad y la naturaleza.

Mientras compartimos un almuerzo con pan caseiro en la cálida cocina del refugio, los cinco voluntarios y Lucho nos cuentan que su trabajo del día consiste en eliminar los cercos. Las vallas que el humano ha puesto, para delimitar su territorio o evitar que el ganado se mezcle, crean barreras genéticas que evitan que los choiques se relacionen y reproduzcan.

El programa de conservación trata de conseguir un mínimo de 100 ejemplares, para asegurar el legado. Para garantizar la viabilidad del proyecto se crían choiques y cuando tienen unos meses pasan a una zona de pre-liberación, necesaria para que la adaptación a la vida salvaje sea progresiva. Una vez liberados se realizan monitoreos rutinarios, que junto con las imágenes de las cámaras trampa permiten conocer el número aproximado de ejemplares que consiguen sobrevivir.

Por el momento, el programa de conservación lleva liberados 25 ejemplares en sus tres años de existencia, ya que uno de los años un puma mató a todos los ñandúes en la zona de pre-liberación. Las amenazas son constantes en esta zona estepárica, de vegetación herbácea y climas extremos. El ciclo de la vida no deja respiro para aquellos que intentan alzar el vuelo de nuevo.

En Chile el ñandú está protegido, no se puede matar. Por el contrario en Argentina puede ser cazado. Cuando llega el invierno, con el frío, los choiques deciden pasar al lado argentino, y muchas veces no consiguen volver. La ubicación del Parque Patagonia, entre estos dos países, se suma a los inconvenientes.

Que exista esta frontera significa, a su vez, que existen cercos, existen barreras físicas. Lucho y su compañera, Caroline Van Kilsdonk, trabajan por conseguir que carabineros y militares abran puertas en sus recintos para poder crear corredores ecológicos. Estos corredores son la única forma de crear un espacio en el que los choiques puedan circular en libertad y relacionarse entre ellos.

Caroline se encarga de la primera fase del programa, la reproducción, el nacimiento y la crianza de los charitos —las crías de pocos meses. Esta etapa se da en el refugio que desde hace unos meses es el hogar de Caroline. Una casita todavía más encantadora que Puerto Ñandú, pero extremadamente solitaria. Sus tejas marrones y su rústica decoración alivian el duro trabajo con los animales.

Caroline, esbelta de ojos verdes, es una mujer con sobrada experiencia en el mundo de la conservación animal y, todavía más, en estar en lugares remotos donde la compañía es escasa. Pero ella lo prefiere, dice, se encuentra a gusto en este tipo de entornos.

—Hay que respetar el espacio de los animales, no intentar tocarlos ni perseguirlos. Mucha gente no lo entiende. Dice Caroline, sentada en el porche de la casa mientras el sol ilumina su rostro.

Los desafíos para Lucho y Caroline son interminables. En el Parque Patagonia el invierno es difícil de soportar, los voluntarios se van, Lucho y Caroline se quedan solos. Pero la tarea continúa, a pesar del frío, la nieve y las temperaturas extremas, ellos siguen luchando por la supervivencia del choique.

Irak Parker

Tragedia Escolar

Paula Ayala Teves

Irak, un estudiante con serios problemas de depresión murió mientras se desangraba en el aula de su colegio.

Lo encontraron desangrándose en un aula del colegio privado donde estudiaba en la ciudad de Ica un 25 de setiembre por la mañana. Se había hecho cortes profundos en los brazos y piernas, por ello, quedó inconsciente. Al parecer ya llevaba algunos minutos así.

Irak era un adolescente muy particular, se adecuó muy rápido a su nueva vida escolar. Él, el nuevo jale del salón, de tez blanca, ojos verdes y mirada coqueta. Sus compañeras eran demasiado atentas con él y él muy atento con todas sus compañeras y maestras. Cursaba segundo año de secundaria, de nacionalidad colombiana. Proveniente de una familia disfuncional. Siempre llegaba muy temprano por las mañanas con una sonrisa de oreja a oreja y se sentaba con los más inquietos de su aula,

era muy afectivo y en definitiva buscaba atención. Excelente en el aspecto social, y en lo estudios un cero a la izquierda.

Un mes después de haber llegado al salón de clases, una de sus maestras pudo notar un pequeño tatuaje en su brazo derecho. Más tarde, le dio la confianza a una de ellas. Confianza suficiente para que le contara que su vida era un infierno. Le dijo con seguridad absoluta las siguientes palabras —Profesora, me quiero suicidar, no quiero vivir más— estupefacta ante tan honesta declaración, la docente entendió que detrás de ese alegre y coqueto estudiante existían carencias sin atender.

Se tuvo una conversación profunda, los profesores apoyaron a Irak. Recibió charlas psicológicas y todo tipo de apoyo. Pensaron que sería suficiente. No fue así, le faltó algo primordial, el amor de sus padres.

Y así fue que, la mañana del lunes 25 de setiembre llegó el desenlace. En un descuido de las auxiliares, el adolescente aprovechó para encerrarse en su aula y coger una navaja que estaba en la cartuchera de su maestra. Se hizo cortes profundos en brazos y piernas. Nadie lo vio, se cortó pacientemente y

como quiso. Un compañero dio aviso de que no podía ingresar y vio sangre por la rendija de la puerta. Asustado, dio advertencia a sus maestros. Tiraron de la puerta y lo encontraron inconsciente, al parecer ya llevaba una hora así. Lo cargaron y llevaron al hospital.

La madre, lo fue a buscar, fue la primera vez que la vieron. Las autoridades iniciaron una investigación contra la institución por tan inusual hecho. Se esperaba que Irak reaccionara después de los varios intentos de los doctores por reanimarlo, pero, a pesar del esfuerzo murió y cumplió su más profundo deseo.

De huaynos y resistencia en tiempos de pandemia

Los músicos conquistan las calles

Stephany Violeta Cadenillas Solórzano

Las calles de Jauja, en la región Junín, el ritmo y las melodías del bombo, las trompetas, los trombones, las tubas y los platillos se combinan para deleitar a los transeúntes con la música de carnaval y otras festividades. En la actual crisis, los músicos de las bandas y las orquestas tradicionales han optado por salir a tocar a la calle para ganar unas monedas.

Los rayos del sol entibian los corazones de quienes están en la Plaza de Armas de Jauja. Algunas personas ocupan las bancas y otras solo caminan. Todos portan mascarillas y los más precavidos protectores faciales. De pronto, una música comienza a sonar y alegra la primera tarde de noviembre del 2020. Es el huayno “Jauja”, del compositor Juan Bolívar Crespo. Aquel himno que los hijos de este pedacito de cielo cantan a todo pulmón.

Son once los músicos de la banda que visten casacas negras y pantalones *jean*. Los que tocan el bombo y los platillos usan mascarillas. Y los que

tocan los instrumentos de viento las tienen en la barbilla. Delante hay una caja con una cartulina que dice: “Gracias por su apoyo”. Cada cierto tiempo, uno de ellos usa un megáfono para invitar a los espectadores a colaborar.

Al escuchar a la banda, casi todos prestan atención. Los más jóvenes sacan sus celulares para grabar o transmitir en vivo por sus redes sociales; y los mayores mueven sus cabezas o pies al compás de aquel tema entrañable.

En los últimos meses, muchos músicos han optado por salir a la calle para juntar unos soles. Ya que, desde que llegó el coronavirus al Perú, las festividades quedaron suspendidas y sus fuentes de ingreso también.

—Salgo dos o tres veces a la semana, cuando hay buen tiempo— señala César Rivera Paúcar, un joven saxofonista que vive en Jauja.

Rivera, hasta marzo, tocaba en la Orquesta Súper Sonido de América de Huancayo, que estaba conformada por 18 músicos. Usualmente tenían compromisos asegurados los fines de semana y a veces los otros días. Y una de las épocas más fuertes era

durante la fiesta de Santiago, celebrada en el valle del Mantaro, en las zonas altas y en otros lugares como Lima, Huancavelica, selva central, Yauyos.

—Desde el 20 de julio y hasta fines de septiembre teníamos compromisos diarios— afirma el músico.

Ahora, algunos días toca en solitario al medio de la Plaza de Armas, en el jirón Junín o en otras calles concurridas. Comenta que, antes de la cuarentena, su orquesta tuvo una presentación. Fue la última vez que vio a sus compañeros. Al no haber compromisos, sus ingresos han sido bastante afectados. Por ello, también hace labores de albañilería para llevar el sustento a su hogar. Ante la necesidad, muchos de sus colegas han cambiado de rubro. Y otros, así como él, salen a las calles a tocar.

Almendra, la voz del Centro

Una mañana cualquiera una melodiosa voz resuena en la calle Real, en el centro de Huancayo. Es Almendra Delgado Echevarría, conocida en el mundo artístico como “Almendra, la voz del

Centro". Ella es una cantante folclórica natural de Masma, uno de los 34 distritos de la provincia de Jauja, que vive la pandemia en Huancayo.

—Cuando comenzó la cuarentena la tomé como unas vacaciones. Estuvimos normal, pero después cuando ya fue alargándose más la situación, los ahorros se nos fueron acabando y no sabes cómo la preocupación aumentó— comenta y piensa en todos sus proyectos truncados.

En Jauja, y en todo el Valle del Mantaro, en condiciones normales, cada año se celebra al menos una fiesta costumbrista al mes. La Tunantada, los Carnavales, la Majtada de Cáceres, la Jija o el Santiago son algunas de las más importantes. Estas celebraciones son parte de la identidad cultural y ocupan un lugar importante en la vida comunitaria.

Delgado y su marco musical viajaban bastante y tenían su agenda recargada.

—Los fines de semana eran tres o cuatro presentaciones. Pero también tenía presentaciones a capela en días particulares. Con todo eso serían cinco presentaciones por semana— cuenta la cantante.

El 2 de octubre, por el aniversario de su tierra natal, Delgado participó en un Festival Virtual en homenaje a los artistas masminos. Fue una presentación vía *Facebook live*. Después de mucho, volvió a usar al atuendo tradicional jujino: el monillo, los fustanes, el centro, la *lliclla* y el sombrero. Vestida de gala, cantó con el corazón en la mano.

En “la nueva normalidad”, sus presentaciones tienen como escenarios las calles y las redes sociales. Y las monedas que junta, solo le permiten llevar lo necesario a casa.

—Es como si estuviéramos resistiendo todo eso. Lo que más importa es subsistir, atender a nuestros hijos. En mi caso, solo para vivir prácticamente— comenta Delgado.

Sector cultura relegado

Frente a la crítica situación que enfrentan los artistas a nivel nacional, en mayo el Poder Ejecutivo dispuso la transferencia de s/ 50 millones al Ministerio de Cultura para atenuar los impactos económicos de la Covid-19 en dicho sector. Tanto perso-

nas como organizaciones podían solicitar montos en ocho líneas de apoyo económico en los rubros organizados en: Industrias Culturales y Artes, y promoción del Patrimonio Cultural Inmaterial.

La convocatoria de cuatro de las líneas estuvo abierta hasta fines de setiembre. Para acceder al apoyo estatal, se tenían que presentar pruebas de la afectación y un plan de uso del dinero. César Rivera Paúcar señala que hace un tiempo el director de su orquesta le pidió algunos documentos para solicitar la ayuda económica. Desde entonces no ha tenido más noticias del proceso.

Por su parte, Almendra Delgado Echevarría no ha recibido ningún tipo de apoyo e incluso, con otros músicos, salió a protestar.

—Nos hemos organizado en una asociación transitoria para poder solicitar apoyo al Estado, mediante el Ministerio de Cultura. Pero nunca hubo respuesta— expresa y su voz denota indignación.

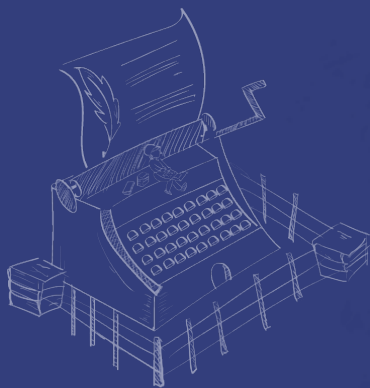
Tanto la cantante como el saxofonista saben que la gente extraña sus festividades.

—¡Qué bien tocas! Me dicen. Muchos se ponen a bailar un ratito y luego se van— cuenta Rivera.

En tanto que Delgado ha visto llorar a algunas personas al escuchar las canciones que a sus familiares fallecidos les gustaba.

—Me conmueve mucho y también me da más fuerza— señala la cantante.

Llega la noche y la banda sigue tocando. Ahora el repertorio ha cambiado y se escuchan temas como “persiana americana” de Soda Estéreo. Quedan pocas personas en la Plaza. Los músicos guardan sus instrumentos, se ponen sus mascarillas y parten hacia sus casas. Será hasta el próximo día sin lluvia cuando ellos u otros puedan tomar las calles y las nostalgias de la gente.



Serie
TALLERES VIRTUALES